

**Discurso de apertura del
V Congreso Latinoamericano
de Traducción e Interpretación**

Beatriz Rodriguez

Señora Presidenta de la Nación Argentina, Dra. Cristina Fernández de Kirchner, señores representantes de los gobiernos nacionales y provinciales; señores representantes del Cuerpo Diplomático; señores representantes de colegios, asociaciones y círculos de traducción e interpretación nacionales y extranjeros; queridos colegas, colaboradores y amigos, señoritas y señores:

Con profundo reconocimiento deseo agradecerles, en nombre de las autoridades del Colegio de Traductores Públicos de la Ciudad de Buenos Aires, por estar hoy aquí, por estar nuevamente hoy aquí, con nosotros, para decir presente en la quinta edición de nuestro tan querido Congreso Latinoamericano de Traducción e Interpretación.

Antes de hablar de nuestro Congreso, quisiera hablar de nosotros mismos, los grandes protagonistas de este encuentro.

El mundo, amigos, sigue siendo presa del torbellino de transformaciones y cambios permanentes y no queda ya tiempo ni para el desconcierto, ni para la duda y, menos aún, para la improvisación.

Nos rigen las leyes del mercado. De hecho, ingresar al mundo global no es una decisión, sino una necesidad impuesta por el mismo mercado. La tan mentada globalización, que primero asomó como la punta de un iceberg en el plano económico, no tardó en estar presente en la vida social, política, científico-técnica y cultural de las sociedades.

Mientras se siguen debatiendo la homogeneidad cultural o las fronteras, el gran protagonista de este encuentro, el traductor, sigue siendo el guardián artesano que dibuja puentes entre distintas y remotas culturas. Sus palabras, esas que unen y comunican, seguirán contribuyendo al acercamiento, confirmando la existencia de una lengua de partida y de otra de llegada.

Ya es tiempo de enfrentar a la sociedad con nuevas premisas. El viejo lamento del “desconocimiento social” de nuestra querida profesión debe quedar en el olvido y debemos autoconvocarnos para poder, desde cada uno de nosotros, hacer un reconocimiento sincero del grado de compromiso que apostamos en cada labor profesional o en la defensa de cada eslabón transitado.

No negamos que nuestra profesión debe enfrentarse, permanentemente, con el lugar social innegablemente adquirido por otros profesionales “culturalmente incorporados”. Pero tampoco es menos cierto que debemos hacer docencia, primero hacia adentro, con nosotros mismos, con nuestros colegas, presentes y futuros, para que nuestra dignidad profesional deje de ser invocada y pase a instalarse reconocida e insoslayable.

Preservar la identidad cultural es asegurar un lugar en el mundo, que sabemos que tenemos, pues, mientras existan seres humanos, hará falta

comunicarse. Preservar la identidad de objetivos es consolidar nuestro definitivo espacio, que sabemos que hemos adquirido, pero que quizás no hemos aprendido aún a reclamar con suficiente trascendencia.

La traducción es, tal vez, uno de los oficios más antiguos que la historia de la humanidad registra. Desde el momento preciso en que el ser humano advirtió que existían culturas distintas a la propia, el interés por la comunicación y el intercambio económico y cultural siempre han sido los puntos de partida para la expansión, el progreso y el desarrollo humano.

Sin duda, la colonización de nuestro continente no habría sido posible sin la ayuda de los traductores, quienes seguramente, cumplieron un papel central en este proceso de fusión, no solamente para imponer sus lenguas, sino también para entender las otras y aprender de estas. Por esto, es imposible no detenerse a pensar en aquellos que intervinieron en la integración de los pueblos que dieron origen a lo que hoy conocemos como América Latina. Y si bien es inevitable pensar que una cultura dominante indefectiblemente, se impone sobre una más débil, también es acertado advertir que algo de lo que había originariamente siempre permanece y, justamente, esto es lo que permite el nacimiento de una nueva identidad.

Siglos han pasado desde esa época en que el oficio de traducir era considerado un arte solitario que se practicaba en ámbitos selectos, a la luz de una vela tenue y con rigurosa dedicación y sacrificio. El correr del tiempo ha hecho que parezca insensato establecer comparación alguna entre aquellos años y la época moderna y, en algún punto, creemos que esto es verdad.

Los tiempos han cambiado radical y vertiginosamente. El flujo de la comunicación es ahora un mar inagotable de datos que se crean, se reciclan y no desaparecen, sino que quedan flotando en el espacio virtual para quien quiera echar mano de estos. Así, el mundo moderno termina siendo un gran cúmulo de información que fluye de un punto a otro en cuestión de segundos y que, poco a poco y en forma casi imperceptible, va ejerciendo ese poder de fusión entre culturas.

Sin embargo, los griegos creían que las ideas y la esencia de todo lo que el ser humano conoce son inmutables. Es verdad, las herramientas que se utilizan para comunicar, la tecnocultura, los mercados mundiales y las realidades sociopolíticas han cambiado el mundo y las reglas del juego, pero los que participan de este y la esencia de nuestra profesión siguen siendo los mismos. La tecnología y la automatización no han podido reemplazar al ser humano, al artífice de ese proceso integrador que ocurre en el momento mágico cuando la palabra se desintegra y, un segundo más tarde, adopta un nuevo cuerpo para transmitir la misma idea.

Dice la filosofía que vemos la causa y el efecto, pero que, a veces, no vemos la relación que existe entre ambos. Con nuestro oficio, ocurre algo similar. La naturaleza de nuestra profesión nos dicta que, paradójicamente, somos mejores mientras más inadvertidos pasamos y todos, en algún mo-

mento, tenemos la sospecha de que somos agentes encubiertos cuya labor consiste, justamente, en esforzarnos sigilosamente para eliminar todo el rastro que nuestro trabajo haya dejado impreso. En ese punto de inflexión etéreo nos ubicamos nosotros, los traductores.

Por esto, a veces, se cree erróneamente que nuestra labor diaria es solo eso, un trabajo, un compromiso fugaz que se diluye y que nadie recordará al cabo de un tiempo, cuando, en realidad, deberíamos ser conscientes de que somos parte de un proceso mucho mayor, de que somos un eslabón de ese engranaje gigantesco que moviliza al mundo, que día a día colabora con la integración, con el cambio y con la apertura social y cultural que acorta diferencias y que nos permite conocer otras realidades. No hay nada máspreciado que el conocimiento y la sabiduría, y resulta que los traductores somos los encargados de trasmitir todo eso que tanto valor tiene. De aquí, la enorme responsabilidad que hemos de asumir en todo momento.

Y en esto andamos a diario los traductores, esclavos de los tiempos, pero apasionados por las palabras: en la difícil tarea de elegirlas para recrear grandes ideas, en un vaivén integrador de identidades, entre la lengua popular y los saberes técnicos; siempre aguzando el sentido para buscar esa perfección que, como una causa perdida, nunca alcanzamos, pero que siempre constituye un desafío intelectual al que nunca nos negamos.

No es poca cosa lo que nos toca y, desde luego, que no es una labor sencilla; pero algo está claro: todos y cada uno de los que dedicamos nuestra vida a esta profesión tenemos un denominador común que es nuestro idioma, porque una lengua es una cultura, una cosmovisión y una manera de ver y de entender el mundo, que nos une y nos hace defender valores y principios en común. Por eso, al comienzo de cada día, debemos abordar nuestra tarea con renovada curiosidad, que es lo que nos hace únicos e imprescindibles para la evolución humana, y debemos sentirnos orgullosos de poder decir que, cada uno con su pequeño grano de arena, aunque producto de un gran esfuerzo, hemos sido heraldos de buenas noticias y hemos contribuido a mejorar el lugar en donde vivimos poniendo en práctica todo nuestro conocimiento en beneficio de la comunicación, el intercambio cultural y la integración entre los pueblos.

Con esta premisa y este espíritu, nos hemos preparado para recordar con respeto y admiración el aniversario número 37 de nuestro Colegio y para disfrutar la realización del V Congreso Latinoamericano de Traducción e Interpretación que nos hará vivir un microclima de camaradería, profesionalismo y toma de conciencia sostenida y enriquecedora.

Después de hablar de la traducción en general, les propongo hablar de nuestro Congreso propiamente dicho. Este quinto Congreso en su versión latinoamericana viene después de sus anteriores ediciones de 1996, 1998, 2001 y 2003. En todos ellos el Colegio de Traductores Públicos de la Ciudad de Buenos Aires apuntó a la idea, ya instalada, de fomentar y soste-

ner el perfeccionamiento continuo, el intercambio entre colegas, el deseo de compartir distintas experiencias bajo un techo común.

Para tener un Congreso LatinAmericano esperamos 7 años, y las actuales autoridades pensamos que nada mejor que el marco de los festejos del bicentenario de la Nación Argentina y del cumpleaños número 37 para que el Colegio tuviera un regalo inolvidable, uno de lujo, y nada mejor que regalarle la posibilidad de albergar en su casa a colegas, a estudiantes de diferentes latitudes, a invitados especiales, a oradores destacados y a prestigiosos ponentes como nunca antes tuvimos el honor de recibir.

Me pregunto, entonces, a esta altura, ¿qué representa para todos nosotros un congreso?

Según la Real Academia Española, “congreso”, del latín *congressus*, en una de sus acepciones significa: ‘Conferencia generalmente periódica en la que los miembros de una asociación, cuerpo, organismo, profesión, etc; se reúnen para debatir cuestiones previamente fijadas.’

Pero, más allá de esta definición formal, y no con intenciones de dejarla de lado, sino de resaltar otro aspecto, recuerdo lo que el invitado de honor del IV Congreso, Don José Saramago, expresó, en oportunidad de una entrevista que le hiciera, hace años, un periodista argentino. José Saramago decía que “son muchas las crisis en el mundo, pero hay una crisis que es la más grande de todas, que es la crisis de ideas. No hay ideas. Es decir, hay gente que las tiene, que las expresa pero lo que no hay son ideas que reúnan a la gente, y no se puede hacer nada si uno no tiene una idea donde la gente se encuentre, alrededor o compartiéndola.”

Como a los traductores, a los intérpretes y a los estudiosos del idioma, ideas no es lo que nos falta. Aquí, estamos con la idea de hacer este Congreso, no ya alrededor de él sino dentro de él, palpando cada una de sus instancias, cada una de sus momentos que serán, sin duda, inolvidables.

¿Y por qué “latinoamericano”? En realidad el primer nombre le fue dado en 1996, y celebramos profundamente que así haya sido.

Ser latinoamericano es ser solidario y distanciado al mismo tiempo. Es reírse sabroso. Tener las caderas sueltas para bailar. Llevar el despecho con dignidad. Es cambiar de opinión de vez en cuando. Estrenar palabras rebuscadas que de repente se ponen de moda. Es valorar nuestras raíces, desde la casa hasta los insólitos vericuetos de nuestra historia. Tener sobremesas. Hacer amigos entrañables en todas partes. Organizar protestas de un día para otro. Tener una opinión para cada cosa. Contradicernos. Valorar a nuestros ancianos. Tener cajas y cajas de recuerdos. Tener remedios caseros para todo tipo de males y llorar de desespero frente a cualquier enfermedad. Sentirnos en casa desde México hasta la Patagonia. Crecer jugando fútbol en la calle más cercana. Estar acostum-

brados a que nada sirva como debe ser y a aprender a buscarle la vuelta, el truco, para sobrevivir así. Saber tomar cada licor como si fuera el único y el más exquisito.

Ser latinoamericano es ser en compromiso con el espíritu y con el respeto por la naturaleza, porque nacer en este sector del planeta significa ser parte de un corazón abierto con mirada clara, que recuerda ritos ancestrales de respeto y de unificación. Ser latinoamericano es viajar día tras día por parajes soñados, multicolores, intensos, frondosos, cálidos y fríos. Somos hijos de la tierra. La misma tierra. El mismo corazón.

¿Y qué significa para nosotros el bicentenario? Allá por mayo de 1810, la abdicación de Carlos IV y de su hijo Fernando VII dejó vacante el trono español, por lo que los virreinatos podían tomar decisiones por sí solos. En Buenos Aires, se declaró al Cabildo como órgano representante de la voluntad popular y depositario de la soberanía, y se conformó así la Primera Junta de Gobierno. Así comenzó el proceso independentista de la Nación Argentina y así, hoy, a través de este Congreso, nos queremos sumar a los festejos de tan trascendente momento.

Quienes tuvimos la responsabilidad de organizar esta quinta edición tuvimos siempre la idea de afianzar nuestra profesión a la luz de una cada vez más sólida decisión de expandirnos local y regionalmente, bajo la forma de estamentos organizativos que lleven a traductores, intérpretes, terminólogos, lingüistas y profesionales de disciplinas afines, a sentir que hay un lugar de pertenencia que nos espera para luchar juntos por este sello distintivo que tenemos los traductores: el hecho de ser seres elegidos. Quizá, no hemos tomado la debida conciencia de ello y por eso asistimos a este tipo de encuentros en los que uno ayuda al otro a entender que la evolución del mundo depende de nosotros, que sin nosotros la sociedad no se comunica, la Justicia no cumple su excelso objetivo, la economía no se pone en marcha y el mundo, en general, sin nosotros, estaría llamado a escuchar solo una parte de la historia.

Señores, la invitación a disfrutar de días inolvidables está planteada. El domingo en el saludo de cierre no quiero decir “final”, porque vamos a renovar estos momentos muy pronto, entonces en el saludo de cierre digo, irá el agradecimiento a todos los que han hecho, hacen y harán posible que este V Congreso Latinoamericano de Traducción e Interpretación quede definitivamente instalado en la memoria y en la historia de nuestro crecimiento personal y profesional.

Muchas gracias.